



El segador de la Juana

El emperador de Roma
tiene una hija bastarda.

Cuatro duques la pretenden
y a los cuatro desechaba.

Un día de gran calor
se asomó a una ventana.

Y andando tres segadores
segando trigo y cebada

se enamoró de uno de ellos
y aquel que en medio andaba;

la hoz traía de oro,
la empuñadura de plata.

Luego lo mandó llamar
por uno de sus criados.

“Oiga usted, buen segador,
que mi señora lo llama.”

“Oiga usted, buen segador,
¿quién segar mi senara?”

“Oiga usted, buena señora”

“Su señorita, señora,
¿en qué tierra fue sembrada?”

“Ni está en alto ni está en bajo
ni tampoco en tierra llana,

está en un vallecito oscuro
debajo de mis enaguas.”

“Su señorita, señora,
para mi no fue sembrada.”



“Siéguela, buen segador,
si usted se atreve a segarla.

“Siéguela, buen segador,
le será muy bien paga,

gana más usted en una noche
que sus compañeros en una semana.”

(...)

Luego mandó hacer la cama
por una de sus criadas.

Le ponen siete colchones,
docena y media de almohadas.

Eso de la medianoche
la señora despertaba:

“Oiga usted, buen segador,
¿qué tal va con mi senara?”

“Doce gavillas van hechas
para trece una me falta.”

“Maldito sea el segador
que a las trece no llegara.”

“Maldita sea la señora
que a las doce no se harta.”

“Toma estos cien doblones
y este pañuelo de Holanda.”

Al otro día a la mañana
las campanas repicaban.

“¿Quién se ha muerto, quién se ha muerto?”
“El segador de Doña Juana.”

E entonces volve a empezar:

El emperador de Roma
tiene una hija bastarda.